

Era un día nublado, el color del cielo anunciaba tormenta y Sofía esperaba ansiosa la llegada de la lluvia. En días como aquel le encantaba subir a lo alto del faro a contemplar el mar revuelto por la tormenta, podía ver como crecía la furia del mar a medida que se acercaba el viento y la lluvia, era un hermoso espectáculo.

Siempre le habían gustado los días tormentosos, incluso siendo pequeña ya le apasionaba subir a lo alto del faro de la mano de su abuelo a encender la luz del faro para guiar a los barcos extraviados por la tormenta. Aún en aquellos momentos esperaba ver a lo lejos un pequeño velero a la deriva que divisara el faro y llegara a tierra sano y salvo.

Tal y como anunciaba el cielo, a media tarde la tormenta hizo su aparición y con ella llegó la tristeza al corazón de Sofía, había tantos recuerdos en aquel faro... Se le hacía muy complicado abandonar el pueblo en el que había vivido toda su vida, pero sobre todo se le hacía muy duro no volver a entrar en el faro de la mano de su abuelo. A pesar de que ya hubiera pasado un año de la muerte de su abuelo, algo le impedía partir de allí. Pero debía tomar una decisión. Desde la llegada de la carta de la editorial, no había podido pegar ojo, ¿iba a ser capaz de irse de allí? Toda la alegría que sentía al ver el mar desde su querido faro desapareció ante aquél pensamiento, y conteniendo las lágrimas bajó las escaleras encaminándose a su casa.

A la mañana siguiente se despertó con la idea firme de tomar una decisión ese mismo día. Fue al mercado a comprar unas cuantas cosas para la comida, y de vuelta a casa pasó por el puerto, allí pudo ver a unos pescadores que llegaban en su pequeña barca con las redes llenas de pescado. Contemplando esta escena, se dio cuenta de que si era capaz de marcharse iba a añorar esas pequeñas cosas que hacían tan especial a su querido pueblo. Nunca antes se había dado cuenta de la cantidad de pequeños detalles que hacían tan especial a aquel sitio. Recordó sus carreras por el puerto esperando que alguno de los pescadores con los que paraba a hablar le obsequiara con un pequeño pescado o cualquier otro objeto. Una vez uno de aquellos pescadores le regaló una pequeña caracola que habían recogido junto con los peces, aquel regalo le entusiasmó, pero aun le dejó más perpleja la historia que posteriormente le relataría otro marinero sobre aquella caracola. Aun la conservaba, y llevaba en el recuerdo el olor que desprendía aquel pequeño obsequio. Años posteriores a aquello, cuando salía de viaje a la capital y extrañaba la costa, se la colocaba en la oreja y escuchaba atentamente el

sonido que venía de su interior, eso la consolaba, y hacía que su deseo de volver a casa disminuyera.

Durante unos quince minutos permaneció inmóvil ante aquella pequeña embarcación, perdida en sus pensamientos. Cuando por fin abandonó sus recuerdos, dirigió su mirada al camino que le indicaba la dirección de su casa. Una vez llegó, decidió centrarse en otras cosas y comenzó a preparar la comida.

Después de disfrutar de una deliciosa comida, decidió dar una vuelta por el pueblo. Al atravesar la primera calle, dio media vuelta y se encaminó a la playa, los recuerdos de su infancia le invadían, recordaba todas las historias sobre piratas y barcos con grandes tesoros que le había relatado su abuelo durante las frías noches de invierno. Ante este recuerdo no tuvo más remedio que sonreír, había tenido una infancia muy feliz. A pesar de que un accidente hubiera apartado a sus padres de ella, Sofía sabía que había tenido una vida muy dichosa al lado de su abuelo, él había hecho de sus padres y le había entregado todo su cariño, quizá por eso le costaba tanto alejarse de aquel pueblo.

Al llegar a la playa miro al horizonte y pudo ver un barco que se acercaba a lo lejos, con él llegaba una bandada de gaviotas que no perdía de vista la embarcación. A su lado correteaban un par de niños jugando y riendo con sus perros, todo era tan perfecto... ¡Ojalá no tuviera que marcharse! ¡Como iba a añorar todo aquello! Le encantaba la costa, era el ambiente en el que había crecido, era su vida y la inspiración en todos sus libros y relatos.

De vuelta a casa una idea invadió su cabeza: ¿Por qué debía marcharse? Sabía que si se iba a la capital las oportunidades de escribir lo que a ella le gustaba se iban a multiplicar, pero ¿qué le impedía escribir desde allí?

Con esta idea en la cabeza decidió llamar a la editorial, quizás hablando con ellos pudieran llegar a un acuerdo y no tuviera que abandonar el pueblo.

Una vez álbaló con la editorial su rostro se ilumino, ya no tenia por que ir a la capital a vivir, podía seguir escribiendo desde allí los relatos que tanto habían gustado. En ese momento decidió que su siguiente novela relataría lo que aquí se ha contado, y así fue...

Leire Cruz Vargas

4º E.S.O.